

EL CURANDERO, PERSONAJE Y ARQUETIPO.

Francisco J. Flores Arroyuelo

Han pasado ya muchos años desde que un amigo mío desde la infancia, Angel Alcantud, me pidió que le acompañara a visitar a un curandero que, según me dijo, gozaba de cierta fama por las curaciones que hacía, y era conocido por el nombre de El Tío Pascual. Este hombre vivía en Churra, una pedanía de la huerta de Murcia. Mi amigo, desde hacía poco más de un año, sufría una enfermedad que le causaba grandes molestias en las articulaciones de las extremidades inferiores, y en una etapa última parecía que había entrado en una fase en que persistían los síntomas que le llevaban a moverse con grandes dificultades. Había acudido a varios médicos de medicina general y especialistas, y, lamentablemente, tras cortas temporadas en que parecía que los medicamentos aplicados habían obrado una mejoría, siempre había vuelto a recaer, con la desesperanza de ánimo consiguiente. En busca de una posible salida, tanto sus familiares como él mismo, habían indagado hasta encontrar la referencia de un curandero que según todos los que le habían conocido o sabido de él por terceros, poseía el don de obrar grandes beneficios en cuantos enfermos que se habían confiado a sus poderes y tratamientos.

Y de esta manera, una tarde nos acercamos al caserío en que vivía el Tío Pascual, junto a la Rambla de Churra y en medio de un huerto de limoneros, en compañía de su hija, lo encontramos en la porchada junto a una mesa camilla y postrado en una mecedora en la que se acunaba levemente. Era un hombre entrado en años, con la barba rala y canosa, la mirada cristalina de unos ojos acuosos, ademanes pausados, y una sonrisa quieta, un poco dolorosa, y que se cubría la cabeza con un sombrero de paja: tras un breve saludo nos indicó que nos sentásemos cerca de él en unas sillas de anea, y después, tras un silencio, dirigiéndose a Angel Alcantud, le preguntó su nombre y si había acudido a él en busca de la salud, a lo que este respondió asintiendo con la cabeza. Y tras dejar pasar un tiempo en que no apartó la mirada del rostro de mi amigo, se dirigió nuevamente a él para preguntarle si eran un hombre de fe, a lo que este volvió a asentir cadenciosamente. La hija apareció en la puerta, y con pasos cortos y silenciosos sobre el

suelo de barro, fue a situarse junto al muro, a un lado de una imagen de la Virgen que había en una peana y una Cruz de Caravaca que pendía de un clavo, mientras juntaba las manos sujetándose una punta del delantal entre las manos; para, en ademán de recogimiento, permanecer quieta y atenta a que su padre le hiciese alguna indicación.

Angel Alcantud le dijo que si le parecía le explicaba el motivo de la visita, que no era otro que desde hacía algunos meses venía padeciendo un mal que había comenzado como una molestia muy leve que poco a poco le había llevado a dejarle en un estado en el que apenas si podía moverse con un poco de soltura, a lo que el Tío Pascual, que le había escuchado con atención, no dijo nada. Después le pidió que le diese las manos y, tras tomarlas entre las suyas, se las sostuvo durante unos cuantos segundos y sin apartar su mirada del rostro de mi amigo.

— Si, tiene, un mal en su cuerpo que debe ser expulsado antes de que se adueñe por completo de él.

— ¿Tiene remedio?,— le preguntó mi amigo en tono bajo.

— Debes tener confianza. Yo siempre tengo confianza en la voluntad de Dios.

Y volviendo un poco la cabeza hacia su hija, le pidió que le trajese un paquete de algo cuya denominación no supe entender. Este estaba hecho con una bolsa de papel y quedaba cerrado por una goma. Lo tomó y se lo entregó con ambas manos.

— Tienes que tomar una cucharada sopera de estos polvos y depositarlos en el fondo de un vaso. Y después debes añadirle agua poco a poco ya que son efervescentes y podrían caer fuera. Después, cuando su fuerza se ahogue, lo bebas a pequeños sorbos. Y no temas nada porque están hechos de plantas que tienen la condición de sanar el mal que hace que día a día vayas perdiendo la fuerza de tus pies, el mal que entró en tu cuerpo un día que te encontrabas en unas tierras muy distantes de las tuyas, durante un viaje que hiciste hace

varios meses.— y añadió, — Eso lo tomas después de cada comida, y dices una oración en honor de la Cruz de Caravaca. Y sobre todo, no pierdas la confianza, porque sólo así te salvarás.

Todavía permanecemos un rato en silencio, hasta que yo le pedí permiso para hacerle una pregunta, a lo que dijo:

— Tu tienes menos fe que Angel, pero puedes preguntarme lo que quieras.

— Cómo supo usted que tenía la gracia para devolver la salud a los hombres.

— Y a los animales. Sí, fue antes de la guerra, cuando yo era un muchacho que me ganaba el jornal que llevaba a mi casa recogiendo esparto en el monte. Era un sábado por la tarde y estaba en Archena, en la estación del ferrocarril, esperando que llegara el tren que me había de traer a Murcia, cuando me quedé dormido en uno de aquellos bancos corridos que estaban colocados a ambos lados de la puerta. Y en medio de una música maravillosa, como yo no había oído antes nada parecido, sobre una nube cargada de luz, se me apareció el santo Niño de Muía, con una corona de oro y una cruz en su mano izquierda, y sonriéndome me dijo que yo había sido elegido para llevar el socorro y la esperanza a los hombres, por lo que me era dado poseer aquella gracia, aunque ello impediría que mis males, cuando llegaran, pudieran ser curados. Y todo ello pasó a ser verdad y por ello también me encuentro como me veis, sin apenas poder moverme si no es con el auxilio de mi hija.

Después continuó explicándonos cómo empezó a conocer las virtudes de las plantas y cómo debían ser empleadas junto a determinadas oraciones, y hasta de cómo llegó a decírselo a su madre que pareció quedarse sin palabras hasta que pudo decir que ella ya sabía que le iba a pasar algo porque cuando lo llevaba en su vientre un día notó que lloraba, y al poco salió para la parroquia a decírselo al cura, pero este le pidió que no hablase de aquello y que yo fuese a verle aquella misma tarde. «Cuando acudí a él me dijo muy serio que tenía que olvidarme de toda aquella fantasía porque el Santo Niño de Muía no estaba para aquellas cosas, pero la verdad es que aquella certeza no la pude apartar de mi cabeza por más que lo hizo en su buena fe, y hasta llegó a reñirle con palabras duras, y, después, cuando sucedió lo de la guerra, y por todo ello también llegué a ser perseguido por un vecino que la tenía tomada con mi familia».

Cuando llegó el momento del final de la visita mi amigo Angel hizo ademán de darle una cantidad de dinero que sacó con el puño cerrado de uno de los bolsillos del pantalón, pero el Tío Pascual se negó a recibirlo al tiempo que decía que si era su voluntad se lo diese a su hija, por lo que se lo entregó a esta que, sin mirarlo, lo depositó en el bolsón del delantal. Cuando habíamos caminado unos pasos por la senda que nos acercaba a

donde teníamos aparcado el automovil, Angel, tras detenerse y tocarme en un brazo para que le mirase a la cara, me preguntó por qué el Tío Pascual sabía que él era viajante de comercio, a lo que yo no supe qué responder.

Hasta aquí los recuerdos de aquella visita realizada a finales de los años setenta y que he recuperado en buena parte gracias a los apuntes que tomé aquella misma tarde, y cuyo relato creo que puede servir de introducción al problema que conlleva tratar de comprender la configuración de la personalidad prototípica del curandero vista como fundamento central de una gran parte de lo que se admite como medicina popular, esa encrucijada en que concurren por vías bien diferenciadas la botánica o farmacopea antigua, ciertos conocimientos médicos, y creencias desprendidas de lo que entendemos como religiosidad popular, y desde la que se puede tratar de buscar en ese ámbito de arenas movedizas que aparece cargado de misterio y curiosidad, y de supersticiones y, también, de conocimientos empíricos a la vez que de certidumbres maravillosas, hasta amalgamar un cuerpo en que el hombre ha tratado, durante siglos, de hallar soluciones para los achaques y males que le han asaltado en todo momento, y sobre ello, a la vez, ha alcanzado a comprender buena parte de su fragilidad, lo que, por otro lado, le ha conducido a buscar refugio en unas fuerzas que, por una fe personal, presume y admiten con seguridad que existen, o que en un momento determinado, como esperanza última, pueden auxiliarse.

Pero aunque en esta encrucijada estén presentes tres campos del quehacer del hombre que pueden parecer que están unidos, no por ello han de ser confundidos hasta el punto de ser contemplados formando un sólo cuerpo: así, la Botánica, es comprendida como un campo del saber que se circunscribe a la observación de su imagen y conocimiento de las virtudes que guardan las especies vegetales que visten la Naturaleza, y que, desde la antigüedad, ha sido tenido como un conjunto de saberes en que se conjugan numerosos misterios que marcan una separación difícilmente franqueable para el hombre desde sus propias fuerzas. Por otro lado está la medicina o remedio que trata de reducir la enfermedad que se padece, y que no es otra cosa más que un desequilibrio provocado por causas fortuitas o naturales o, también, sobrenaturales, y que hace que su naturaleza humana, tanto física como espiritual, se resienta en un determinado punto, y, como consecuencia de ello, su posible comprensión hace que el hombre participe de una concepción de sí mismo que, a su vez, implica un reconocimiento de que pertenece al mundo en que vive, y, también, que los males que le alcanzan pueden ser promovidos por dos caminos bien diferenciados, pues, por un lado, ese mal ha llegado a serlo como consecuencia del daño que le ha producido una fuerza desprendida de un agente exterior pero propio de su entorno humano, como otro ser humano en el caso del mal de ojo o del empacho, y por otro, de un agente sobrena-

tural al incidir como un castigo para que pene determinadas faltas. Y junto a ello está la religiosidad popular por la que el hombre participa de la divinidad de una manera directa, o por sus intercesores, la Virgen y los santos, bien para obtener sus favores y dones, bien para imprecicar su amparo y ayuda por medio de penitencias y sacrificios, pero del mismo modo que hubo un asentimiento en considerar que el hombre, desde el acercamiento a Dios, podía curar en su nombre, no faltó otro, como desviación, que comprendió que el mal podía ser causado por el diablo y curado por el mago u hombre que disponía de los conocimientos que él mismo le había facilitado (1), y que se correspondían con las posturas encontradas que a lo largo de los siglos había mantenido la Iglesia Católica al dictaminar sobre este complicado y complejo punto: por un lado encontramos la doctrina impartida por Graciano cuando afirmó que los demonios no tienen poder para producir cambios en el mundo, «Además, toda alteración corporal, especialmente en lo que respecta a procurar la salud o la enfermedad se reduce a una causa y últimamente al movimiento del cielo, según Aristóteles» (2)., y por otro, a partir de la segunda mitad del siglo XV, con la contenida en el *Malleus maleficarum*, por la que se difundió la que decía que los demonios, con la permisión de Dios, por medio del hechizo, podían producir enfermedades, e incluso, actualizándose una doctrina medieval que podía remontarse en siglos, al tomar estos figuras de íncubos y súcubos, con lo que ello implicaba desde el punto de la generación (3)

La presencia del hombre frente al hecho de la enfermedad, en la figura del médico y, junto a él, del mago y del curandero, desde la antigüedad, ha hecho que se remodelen dentro de una caracterización determinada que muy bien debemos ver como prototípica y en la que se pueden considerar unas características definidoras, aunque esta remodelación implique también que tanto la figura compuesta sobre irnos antecedentes que se han sucedido en un indeterminado período de tiempo, o el personaje del que se parte en un momento dado por ordenar una tipificación que sirva de modelo referencial, muestren las estrechas posibilidades diferenciales que como tal ha conllevado. Si nos aproximamos al médico en la Grecia antigua vemos que esta se configura según diversos autores sobre tres posibilidades, la que representa Apolo, el descubridor de la oftalmología (ocularia medicina), la que lo hace Quirón, o de la medicina ex herbis, y la que hace Asclepios, o de la medicina clínica, como nos dice Higino (4), o en la Edad Media, a la hora de presentar una panorámica válida, como encontramos en la obra de San Isidoro, cuando lo hace a su vez en Apolo, con la medicina metódica, en Esculapio con la medicina empírica, y en Hipócrates, con la medicina racional (5), y en la de otros autores (6). Y es que la medicina, como conjunto de saberes aprendidos por la observación, la especulación analítica, y la práctica, en lo que era visto como un arte propio de hombres elegidos, que, consecuentemente lo mantenían en mayor o menor secreto, y que, como tales arcanos, podían servir

de remedio de los males padecidos por los hombres que eran vistos como realidades físicas que partían de un algo indeterminado en cuanto a su origen, pues, como es bien sabido, no en vano los médicos hipocráticos, como el autor de *Sobre la enfermedad sagrada* (7) y otros, declaraban con énfasis que todas las enfermedades eran debidas por igual, a la actuación de acciones divinas y humanas.

Pero junto a esta caracterización clásica del médico, primero dentro de la medicina empírica y posteriormente técnica, y en su mayor parte de carácter profano, e incluso antes que ella, no faltó en el mundo antiguo otro tipo de sanadores que fundaban sus dotes de tales en un don concedido por los dioses, lo que, ante todo daba lugar a que fuesen considerados como teurgos u hombres divinos, y como tales hombres, por ser videntes y poseer un don benefactor, estaban capacitados para poner remedio al mal que obraba en el enfermo desde que había pasado a aposentarse en él de manera misteriosa y manifestarse desde una resistencia a todo remedio natural, o al que aparecía en las epidemias cuando asolaban a los habitantes de un pueblo o de una comarca, y que siempre era considerado como un castigo divino.

Los personajes más antiguos que podemos encontrar en esta caracterización de IATROMANTEIS (8), es Orfeo, fundador del orfismo, que nos dejó ciertas fórmulas que fructúan dentro de lo que puede ser comprendido como una medicina incipiente y también como un cúmulo de remedios mágicos, junto a series de principios ascéticos que debían ser observados, y otros puramente religiosos, y junto a él su discípulo y sucesor Museo que llegó a formular unas curaciones de enfermedades (EXAKESEIS NOSON) según nos dice Aristófanes en las *Ranas* (1033) y que se basaban en las virtudes curativas de algunas plantas. Cuando los seguidores de Orfeo cayeron en un descrédito manifiesto este tipo de sanador pasó a los *thaumasioi* que han sido vistos por eruditos de nuestro tiempo como una especie de chamanes y entre los que podemos encontrar a Pitágoras y Empédocles.

Estos hombres divinos en que se conjuntaban la adivinación, el reconocimiento para poder ordenar rituales de purificación, el poder de obrar milagros, saberes médicos y farmacológicos, la técnica de operaciones quirúrgicas, etc. ocuparon un lugar relativamente preeminente en la sociedad griega muy próximo al de los médicos, a pesar de que estos, en todo momento, procuraron mostrarse a gran distancia de ellos para evitar el menor motivo de equívoco, aunque en no pocas ocasiones tuvieron que soportar su presencia y hasta su preeminencia como solía suceder en los momentos de angustia en que eran mirados como último recurso, pero por encima de sus propiedades curadoras estos hombres deben ser comprendidos dentro de la caracterización religiosa que les hacía aparecer como poseedores de mana, una fuerza interior de origen sobrenatural que ellos poseían y que se manifestaba en determinados

momentos, sobre todo, para servir de eslabón con la divinidad al hacer que el hombre sanado pasase a ser una prueba fehaciente de que en él había obrado la divinidad. Y es que este hombre, sobre todo, era un salvador y curador de almas, un SOTER, (9), más que de cuerpos, pues cuando así sucedía, más bien había que considerarla como una reparación imprevista en vez de específicamente deseada. Y en consecuencia, estos hombres, llegaron a ser confundidos con otros seres que aparecían también en aquella sociedad, como los profetas, los videntes, los santones, etc, e incluso con los magos o concedores de las simpatías y rechazos dentro de una casuística paracientífica, por lo menos desde que había sido difundida por los estoicos la doctrina de la simpatía universal y como tal admitida por los neoplatónicos que la consideraron una especie de técnica indiferente desde la perspectiva de la moralidad si no llegaba a ser utilizada con una intención definida, ya que si era perjudicial por estar basada en principios maléficos o GOETEIA y por ello condenable por los males y estragos que podía causar, no podía seguirse, lo que dio lugar, ya en el siglo II a. de C, a que se pensase y admitiese la posibilidad de la existencia de una magia blanca que podía ser beneficiosa y capaz de servir de contrapeso a la hora de reducirla. Esta magia blanca, sobre todo, se apoyó en la idea admitida de la existencia de unas IDIOTETES ARRHETOI o virtudes o fuerzas ocultas que poseían las cosas que ofrecía la naturaleza, y que a su vez eran sobre las que operaba buena parte de la medicina, y como tal lo había reconocido Galeno (X. 206 K), cuando admitió que también se curaba por procedimientos empíricos o PHYSICA (por actuar sobre las propiedades ocultas de la PHYSIS,) después de haber sido ordenados sobre una práctica y que en el pueblo se habían reconocido como revelaciones obtenidas sobre la repetición rutinaria bien alejadas de las pretensiones científicas por pequeñas que estas fuesen.

El mago, como el médico también, aunque en otro plano, por pretender llegar a conocer la esencia antes que su aplicación prescriptiva, pasó a ser un coleccionista sistemático de lo que creyó comprender como ligaduras de simpatías y rechazos de antipatías que estaban presentes en las cosas que generaba de manera permanente la naturaleza, lo que al final vino a otorgarle una especie de autorización que le permitió llegar a ser aplaudido y reconocido en su acción, hasta el punto de que alcanzó a comprenderse como partícipe de un aspecto de la mística a la hora de encontrar un medio posible por el que se verificase la purificación de las almas al ser su operatividad un medio teúrgico, como sabemos que hicieron algunos neoplatónicos tardíos al considerar que todas las cosas, por obra de la simpatía universal, estaban impregnadas de la potencia divina que, directamente, explicaba sus propiedades ocultas o virtudes inmatrimales, y que, como tal principio, muy pronto pasó a ser admitido como base sobre la que se podía promover un método mágico y a la vez teúrgico que posibilitaba que se pudiese ser aplicado con fines curativos.

También, y dentro del neoplatonismo, ya en el siglo IV de nuestra era, en la que lo espiritual iba a superar a la materia, sobre todo en la doctrina propiciada por Ploco, estos métodos pasaron a unirse al valor de la palabra, en la plegaria, como ruego o súplica, dentro de lo puramente religiosos y místico, o del ensalmo, en imposición coactiva, dentro de la caracterización mágica, como medio directo e idóneo a la hora de establecer una relación directa entre el hombre y la divinidad.

Cuando el cristianismo calificó la figura del médico y el papel que este debía observar en la sociedad lo hizo sobre una evolución que partió de una larga serie de dudas y desconfianzas que condujo a observarlo con sumo cuidado y retinencia, cuando no con despego, pues su comparación no guardaba relación posible con la del curador que lo hacía por permisión de Dios tanto en los males visibles como invisibles, en los males de los cuerpos y de las almas, como hallamos en numerosas ocasiones en los Evangelios cuando así lo hizo Jesús, aunque también desde el mismo cristianismo, poco después surgió el aprecio del cuerpo, también creación divina, y con ello del médico que debía cuidarlo desde un conocimiento profundo, lo que conllevó un reconocimiento de la tradición médica de la antigüedad que se recuperó sobre una larga serie de obras puramente médicas y de farmacopea. Sin embargo, durante siglos, los cuidados médicos quedaron relegados a las capas altas de la sociedad, mientras que en el pueblo la figura del curador sobre la palabra y sobre unos conocimientos empíricos de las cosas que ofrecía la naturaleza, sobre todo de las infinitas plantas, quedó como su patrimonio particular que pasaría a ser compartido con hombres curiosos que desde otras perspectivas tratarían de buscar en los secretos que aquella naturaleza les ofrecía, como alquimistas y seguidores de la filosofía hermética entre los que debemos destacar en el siglo XVI la figura de Paracelso, por sólo presentar en este punto un ejemplo representativo, hombre de ciencia y de imaginación fantástica que muy pronto comprendió que los conocimientos obtenidos sobre estas artes podían ser aplicados a la medicina, pues no en vano estaba persuadido que tanto las plantas como los minerales, sometidos a un cuidadoso estudio debían desvelar grandes secretos curativos que poseían y que a su vez podían ser multiplicados sobre combinaciones que se aplicarían con eficacia a ciertas enfermedades llegando a afirmar como principio de su búsqueda que toda sustancia dotada de vida orgánica, aunque esta fuese inerte en apariencia, contenía una enorme variedad de potencias curativas (GA).

La historia de la medicina, en siglos posteriores, nos evidencia que su evolución se hizo por igual sobre una concepción que procuraba guardar las formas de un cientifismo excluyente para todo aquello que no participase de la vía académica, y al mismo tiempo de una divulgación de gran parte de estos saberes, entre otros propios de él, sobre todo en la farmacopea y botánica de la antigüedad, como la difusión, muy temprana de

libros impresos, como el de Pedacio Dioscórides *Acerca de la materia medicinal...*, que llegó al pueblo por diversas vías, entre la que debemos destacar la de los párrocos y religiosos que en general lo hicieron de manera oral y en prontuarios, en refraneros y en colecciones de recetas que pronto fueron incluidas en libros de carácter popular, como el llamado *Tesoro de los pobres* (11), una recopilación iniciada en el siglo XIII por Pedro Hispano y a la que se le fueron adicionando fórmulas a lo largo de varios siglos así como noticias de remedios caseros fundamentados en una experiencia empírica, y, también, medidas de verdadera terapia que debían tanto a concepciones que han de ser consideradas mágicas y supersticiosas, o, por otro lado, como propias de la religiosidad popular (12).

Consecuencia inmediata de su propia presencia y alcance, la medicina popular vino a situarse en un terreno de suelo movedizo que por un lado hizo que se viese rechazada y confirmada a la vez pues no es difícil encontrar disposiciones legales dictadas para prohibirla con medidas coercitivas que llegaron a figurar en pragmáticas reales y en condenas en sentencias dictadas por el Tribunal de la Inquisición, o, desde otro bien diferentes, en propuestas para su consulta. Curanderos, ensalmadores, falsos médicos, hechiceros, conjuradores, etc. que pasaron a formar un cuerpo en que los embaucadores se confundían con el que obraba de buena fe, dejándose llevar por los efectos salutíferos que procuraban unos remedios obtenidos por una tradición del que el curandero pasó a ser una figura prototípica (13).

Los efectos de la práctica religiosa, los conocimientos de botánica, las medidas propias de una terapéutica, los gestos más o menos teatrales de determinados actores de estas prácticas, etc. entraban como parte sustancial de un tira y afloja que se presentaba como un juego que al final estaba la vida como moneda de pago. El curandero es un personaje principal de un drama en el que la fe participa de manera importante y hasta factor determinante, y lo es tanto por parte del paciente que acude a él, o actor pasivo, como por el propio del curandero, o actor operativo: dos yos situados frente a frente en los que le va todo en el envite, a uno la propia vida, a otro la reputación de sanador pues sin ella pronto desaparecería como tal. Aquí el pago pecuniario apenas si tiene importancia y aparece, siempre aparece, más en forma de limosna, más que como abono reconocido de una consulta formal, pues demasiado bien sabe el curandero que si el enfermo sana no hará falta empujarle a que vaya a propagarlo para anteponerlo a lo que con él ensayaron los médicos que, a pesar de lo que saben, no pudieron acertar.

Y así vemos que conforme la medicina ha ido estructurándose sobre fundamentos puramente científicos, apoyados a su vez en una farmacopea establecida en base a fórmulas naturales y sintéticas, la figura del curandero-herboristero ha ido alejándose a un ámbito

en que domina lo misterioso, tanto religioso como especulativo a niveles de un empirismo primario o producido por una tradición, y al mismo tiempo se adaptaba a una caracterización arquetípica que cada vez se hacía más perfilada e inamovible. A la primera, el enfermo, impulsado por el miedo y el dolor, acude llevado de una esperanza en lo que se entiende como progreso del hombre sobre su inteligencia de la que se encuentra separado, a la segunda va impulsado por un miedo que ya es desesperación pero que se trueca en una confianza que le da el hecho de poder participar de una misma fe en una fuerza sobrenatural que se manifiesta en una persona de la que en ningún momento se va a sentir separado. En el primero la palabra, y con ella la piedad, quedan alejadas, separadas, como medios que deben ser desechados por imponer unas condiciones que sólo pueden conducir al engaño o al equívoco; en el segundo la palabra juega un papel sumamente importante pues es el vínculo que permite que se establezca una unión de confianza en una correspondencia que es necesaria pues no en vano el curandero muy pronto aparece como una figura dotada de unos poderes sobrenaturales que, como tales, únicamente pueden ser concedidos a muy pocos seres humanos.

El curandero, antes que hacer uso de unos saberes aprendidos, que también los posee como tales, tiene unas facultades que, según él admite, le permiten cerrar el paso al mal, un efecto sin una causa determinada o conicida, un algo indefinido que ha entrado en el cuerpo del enfermo de una manera que difícilmente puede llegar a encontrar una explicación según sus conocimientos. Y así llegamos acontemplarlos en nuestra sociedad: al médico como una pieza clave fijada entre los hombres, mientras que al curandero, también una pieza clave, pero de carácter completamente diferente, ya que juega un papel entre los hombres y las fuerzas sobrenaturales. El médico posee unos conocimientos que están depositados en libros o en su análisis, y deducidos después de haber sido aplicados en una práctica repetitiva que se sucede en el día a día y en la que se ha especializado por ser los enfermos vistos sobre características semejantes. El curandero posee unos conocimientos que le han sido dados de manera gratuita y que de igual manera los ofrece a quien se acerca con confianza a él y para los que el enfermo es siempre único y como tal dotado de unos males que no pueden ser equiparados a los que le han antecedido o le seguirán. Los primeros obran sobre la materia, los segundos, ante todo, sobre el espíritu.

Pero, a su vez, entre el médico y el curandero, no falta una contradicción que sólo los aproxima en apariencia, pues es cierto que el mago, y con él el curandero, tiene una correspondencia con el hombre de ciencia, con el médico, en cuanto que,— y él lo sabe y para él así lo admite—, obra guiado por lo que son las consecuencias de un efecto anterior, aunque no le preocupa la causa del que dicho efecto parte, ya que la lógica que emplea, sobre un razonamiento corto, no aparece guiada por una

especulación deductiva sino por una especulación sobre la inmediatez, lo que impide que se forme la cadena de efectos que conducen a un principio generador. Al final, en la ciencia, en el médico, domina la razón y la materia sobre la que obran por el análisis, mientras que en la magia, en el curandero, obra la fe y los sentimientos sobre los que se emplean.

De aquí que la figura del curandero, como hemos visto, se configure de modo arquetípico sobre tres grados.

1º) aparece como un mago en cuanto se dice poseedor de una gracia, —y como tal lo manifiesta sobre una fe en ello hecho de manera permanente—, que, le ha sido concedida por Dios o un ente sobrenatural, sin que se sepa nada del motivo que le ha hecho acreedor a ello, aunque no falten avisos de que estaba predestinado a recibirlo.

2º) su actividad, en nuestros días, cae de lleno en lo que se configura como religiosidad popular, pues la única condición que se considera necesaria para que participe en el acto de curación, tanto el propio curandero como el enfermo, es la manifestación de una fe religiosa abierta, y particular en cuanto a la manera en que le fue concedida a él, lo que hace que participe de ello.

3º) sus conocimientos para la elaboración de remedios se fundamentan en una tradición de la medicina clásica y en la botánica y farmacopea que tienen un respaldo empírico.

4º) la relación enfermo curandero están establecidas en una corriente de afecto y de consiguiente confianza que hacen posible que se sostengan de manera indefinida hasta el punto de que, transcurrido un tiempo, el curandero se apoyará cada vez más en lo que le diga el enfermo respecto a las mejorías que experimenta. Si estas cesan, el contacto se termina y el olvido pasa a dominar en el primero, y el desconsuelo y la desesperanza en el segundo.

5º) Los medios de curación que proporciona el curandero, con frecuencia, quedan establecidos también sobre unas relaciones de simpatía por las que el mal va pasando del sujeto que lo posee, el enfermo, a un determinado medio empleado en el procedimiento, incluso al mismo curandero que lo manifiesta con gestos que expresan dolor, lo que nos dice de un primitivismo manifiesto propio de un tipo de pensamiento en que la lógica actúa condicionada por una aparente simplicidad, pues es sumamente compleja tal como hallamos que fue definido en el tipo de pensamiento salvaje por Levi-Straus.

La figura del curandero, ante toda otra consideración, es fruto de una tradición que ha permanecido estructurada sobre la existencia de una creencia que se hace eco de una relación sobrehumana del mal con una

fuerza maligna que actúa con permiso de Dios, y ante la que él es la posible solución porque, igualmente, sus poderes le fueron concedidos por ese mismo Dios. Pero su pervivencia de siglos y su presencia puntual en el final del siglo XX, con la profusión de descubrimientos científicos y los adelantos técnicos, de comunicación, y de todo tipo, se apoya en la necesidad que el hombre tiene de buscar, vencidas las soluciones que el hombre le ofrece, en las fuerzas superiores de las que así mismo pasa a ser su representante, y que el enfermo admite sobre el sentimiento de la fe religiosa que en ese momento aparece redoblada en su conciencia, y en el afán de supervivencia. No en vano el hombre se argumenta sobre la materia y el espíritu, y todo ello sólo es una manifestación más de ello y como tal debemos admitirlo para su análisis, pues acudir a él o dejar de hacerlo es un problema de orden personal, y poco más, aunque su respuesta entre de lleno en el cúmulo de los problemas sociales.

NOTAS

(1) Ver Francisco J. Flores Arroyuelo, *El diablo y los españoles*, Madrid, 1985, pp.115 y ss.

(2) Graciano, *Decretos*, II, 20,5-14.

(3) Kraemer & Sprenger, *Malleus Maleficarum*, P.I. Q. II. «Sobre la permisión divina a los maleficios». P. I. Q. XII.

(4) (Fab.324,9)

(5) San Isidoro, *Etym.* IV, 4,1)

(6) Sobre el médico en la antigüedad, ver Luis Gil, *Therapeia*. La medicina popular en el mundo clásico, Madrid, 1969, pp. 61 y ss.

(7) (1,2,17)

(8) Luis Gil, *Therapeia*,.... Opus cit, pp. 76 y ss.

(9) Ver L. Bieler, «La ética hipocrática», en *Melemata*. Festschrift ur Werner Leibbrand zum siebzigsten Geburtstag. 57-63. pp.235 y ss.

(10) La obra médica de Paracelso puede contemplarse en su *Opera Omnia Medico-Chirurgica tribus voluminibus comprehensa* Ginebra, 1658. En castellano ver *Botánica oculta*, (Las plantas mágicas). Barcelona 1859.

(11) Ver L. Castro García, «Medicina popular; donde están las enfermedades están los remedios», en *Revista de Etnografía*, XII, pp. 379 y ss.

(12) A. Castillo de Lucas, *Folkmedicina*, Madrid, 1958. De este mismo autor «La medicina popular y su proyección en el folklore español. Concepto e importancia», en J. M. Gómez Taberna (ed). *El folklore español*, Madrid, 1968. pp. 129 y ss.

(13) Sobre el prototipo ver Julio Caro Baroja, «La formación del arquetipo» en *De los arquetipos y Leyendas*, Madrid, 1991, pp. 15 y ss.